

Las luciérnagas y 20 cuentos más

© Eloy M. Cebrián, 2005

Prohibida la reproducción total o parcial
sin la autorización expresa del propietario
del copyright.

LA TORRE

*Todas las partes de la casa están muchas veces,
cualquier lugar es otro lugar.*

J. L. Borges, *La casa de Asterión*

*Mis amigos se han ido
y mi pelo es gris.
Me duelen los sitios
con los que antes jugaba.*

L. Cohen, *The Tower of Song*

Recuerdo bien mi nombre, pero ignoro quién soy y cómo llegué aquí. Tampoco sé qué hice para merecer esta suerte. A veces me siento en un rincón oscuro, con la cabeza entre las manos, y oprimo las palmas con fuerza contra mis sienes. Entonces intento acordarme de lo que era mi vida antes de la Torre. Pero no importa lo que me esfuerce. Incluso si aumento la presión hasta que mi cabeza

amenaza con romperse como una cáscara de huevo, me resulta imposible retroceder más que unos pocos meses en el pasado. Después mi memoria parece secarse igual que un charco bajo el sol. Y si me empeño en concentrarme con más intensidad, empiezan a ocurrir cosas extrañas. Primero oigo una especie de murmullo dentro de mi cráneo, que pronto se convierte en un fragor como de olas y huracanes, y poco después noto que mi cerebro empieza a hervir y que el dolor más atroz se abre paso desde el interior de mi cabeza. Casi siempre abandono en ese punto, aunque una vez quise forzar la memoria un poco más allá, y entonces el dolor se acentuó de tal modo que me desmoroné inconsciente. Al despertar, el suplicio había desaparecido, pero me sentía torpe y desconcertado, con la sensación de que acababan de arrebatarle una parte esencial de mi persona. Desde entonces mis intentos por recordar son cada vez más raros. Me detiene el miedo al dolor, pero también la sospecha de que no hay nada que recordar. Quizá yo siempre haya estado aquí, confinado a solas, abrumado por la certeza de que el día de mañana será exactamente igual al de hoy.

La Torre es gigantesca, inabarcable. Por lo que yo sé —que es apenas nada—, puede que el edificio se prolongue en vertical hacia el infinito. A veces me propongo descender hasta esa hipotética primera planta donde debería encontrar la salida. Entonces me precipito escaleras abajo hasta que la fatiga me vence. Lo mismo hago al día siguiente. Y al otro. Hasta que llega un momento en que me siento un idiota y me detengo.

En otras ocasiones, me digo que quizá esté mucho más cerca de la azotea que del nivel del suelo, y comienzo a subir piso tras piso. El esfuerzo es tan agotador que no suele prolongarse más de tres días. Durante el estrecho plazo que me concede mi endeble memoria, recuerdo que he cambiado de idea al menos en ocho ocasiones: cuatro veces he sentido el impulso de subir, y otras tantas el de bajar. Así pues, cabe la posibilidad de que me encuentre a la misma altura que al principio, aunque no podría asegurarlo, pues todas las plantas de este edificio son idénticas. O al menos lo son todas las que yo recuerdo haber visitado, que quizás no sean más que una fracción desdeñable del número total. En todo caso, si la Torre es, como temo, infinita, mis patéticos intentos por alcanzar uno de sus extremos no habrían sido más que un espejismo, como el que sufre el ratón que cree estar corriendo hacia algún sitio cuando hace girar la rueda de su jaula.

El foso de la escalera coincide con el eje central del edificio, cuya forma adivino cuadrangular. Si me asomo al exterior de la baranda, compruebo que los peldaños se abisman en ambas direcciones hasta diluirse en la distancia. La existencia de este pozo, en apariencia ilimitado, me resulta perturbadora, incomprensible. Pero ya estoy resignado a no comprender. Acepto el hecho sin tristeza, igual que acepto mi incapacidad para arrojarme al vacío y comprobar si la caída es en verdad infinita. La posibilidad de morir aplastado contra ese remoto piso inferior es aterradora, y yo demasiado cobarde para enfrentarme a ella. En varias ocasiones

me volví atrás en el último instante, cuando la mitad de mi cuerpo basculaba ya sobre el abismo. De pronto me sentí empujado por una fuerza irresistible hacia el interior de la escalera, donde acabé hecho un ovillo, derramando lágrimas de vergüenza. Ahora la tentación de saltar ha desaparecido por fin, y encuentro cierto alivio en la renuncia. Quizá mañana piense de otra manera.

Cada piso posee un pequeño vestíbulo del que arrancan cuatro corredores perpendiculares. La distribución es idéntica en todos ellos: diez puertas metálicas a cada lado semejantes a las de una prisión. Pero no hay cerrojos ni cerraduras en la Torre. Las puertas están siempre abiertas, y no conducen a celdas, sino a otros tantos pequeños apartamentos de distribución análoga: todos constan de tres habitaciones vacías y un retrete con un pequeño lavabo y una letrina. En ninguno he visto ventanas. Las paredes parecen emitir su propia luz, un débil resplandor de una tonalidad ocre, enfermiza. Jamás encontré más suciedad que la que yo mismo genero, ni la menor mota de polvo, como si una mano invisible lo limpiara todo de forma regular. Sin embargo, las superficies tienen un aspecto sucio, gastado, aun cuando nadie las haya tocado antes de mi llegada. Dentro de las vacías habitaciones parece flotar una atmósfera de sordidez y deterioro. Con frecuencia tengo la sensación de que las paredes están a punto de convertirse en escombros y sólo mi presencia detiene el proceso de destrucción. En la más pequeña de las estancias (que llamaré «cocina» a falta de un nombre mejor), encuentro un pequeño armario metálico que

constituye el único mueble del lugar. Allí me aguardan mis provisiones, una pastilla de jabón y una muda de ropa. Tampoco en esto existe la menor variedad: los mismos mendrugos de pan negro, las mismas latas de conserva con idéntico contenido (una suerte de engrudo de sabor dulzón) y los mismos monos de áspero tejido gris que constituyen mi indumentaria. Alguna vez he sentido la tentación de poner fin a esta vida nómada y permanecer en uno de los apartamentos, convirtiéndolo así en una especie de hogar. Dos motivos me han disuadido: uno de carácter práctico, pues la comida se acabaría pronto y cada vez me vería obligado a ir más lejos para buscarla. El otro es la inutilidad de ese mínimo acto de rebeldía. ¿Para qué permanecer siempre en un lugar, cuando todos los apartamentos son iguales, indistinguibles entre sí? La vida dentro de la Torre es una aborrecible sucesión de repeticiones. Nada cambiaría si decidiera no moverme, tan sólo que mis penurias se acentuarían de un modo intolerable.

En ocasiones, mientras vagabundeo por los desnudos corredores de la Torre, me acomete un enfebrecido impulso de explorar. Entonces abro cada una de las puertas e inspecciono cada apartamento con la obstinación de un demente. Me digo que, si continúo así, antes o después daré con alguna variación que dé sentido a la búsqueda: una estancia en la que el color de las paredes tenga un matiz distinto, una disposición diferente del lavabo y la letrina (que siempre está a la izquierda), un número diferente de latas de comida en el armario metálico... Esta fiebre puede durarme días o

semanas, pero antes o después el impulso cede paso a un hondo desaliento, pues la Torre siempre se repite a sí misma con desalmada precisión. Entonces sucumbo a la locura: corro hasta que caigo agotado y luego permanezco inmóvil, tendido en el suelo, hasta que el hambre y la sed me vencen. Después dejo pasar semanas sin abrir más puertas que las necesarias para buscar agua y alimento. Las veo desfilar ante mis ojos, cada una de ellas repitiendo la anterior hasta en el más ínfimo detalle. De pronto me detengo y me digo que quizá tras esa última puerta que no he abierto esté lo que busco. Vuelvo sobre mis pasos y penetro en el apartamento. La decepción me ha hecho llorar en ocasiones, pero cada vez es menos intenso el dolor y más profunda la indiferencia.

Quizás debería mencionar que sí existen ventanas en la Torre. Hay una en el extremo de cada corredor, donde terminan los brazos de la cruz. Gracias a ellas puedo distinguir el día de la noche y mantener una rudimentaria noción del transcurso del tiempo. Son ventanales de gran tamaño provistos de enormes láminas de cristal. Resulta ocioso decir que no es posible abrir sus hojas ni romper el vidrio que las cubre. La vista que se obtiene a través de ellas es tan decepcionante como el interior del edificio. Hay un cielo plomizo y un horizonte difuso. Jamás he visto un claro entre las nubes, que forman una barrera tan compacta como una pared de cemento, y resulta imposible saber en qué lugar se encuentra el sol, si es que éste existe. El día progresa con mínimas variaciones de la luz, que nunca

va más allá de un resplandor ceniciento, y después se apaga lentamente, con idéntica e inexorable tristeza. La noche, sin luna y sin estrellas, no es más que un manto negro y uniforme. Quizá sea a causa de la altura, pero no se observan rasgos distintivos en la brumosa superficie de este mundo.

Ahora casi nunca miro a través de las ventanas. Me digo que al fin y al cabo no hay ningún lugar donde posar la vista, pero lo que en verdad me aterra es saberme un náufrago en medio de este océano de soledad.

Pero ¿estoy realmente solo aquí dentro?

Muchas veces intento convencerme de que no puede ser así, de que nadie construiría una cárcel tan descomunal para un único prisionero. Ese es uno de los motivos que me empujan a seguir deambulando de un piso a otro: la vaga esperanza de que alguna vez daré con otras personas iguales a mí, y que mi soledad habrá terminado para siempre. Por otro lado, hay momentos en que la idea de encontrarme con otros moradores en la Torre se me figura tan aterradora que corro a buscar un sitio donde esconderme, aunque pronto recuerdo que no hay refugio posible en un lugar donde todas las puertas están abiertas. Quizá la propia enormidad de la Torre sea el mejor refugio que pueda imaginar. Esa es mi mejor salvaguarda, y también mi maldición.

Con todo, hay veces en que me he sentido observado. Una vez incluso creí ver cómo una puerta se entornaba conforme yo me adentraba en el corredor. No hay corrientes de aire en este lugar, tan hermético

como una vitrina llena de mariposas muertas. Durante un instante me quedé inmóvil, debatiéndome con el impulso de precipitarme escaleras abajo y poner doscientos pisos de distancia entre aquella anomalía y yo. Pero después me armé de valor y me acerqué a la puerta, pensando que ni siquiera el más monstruoso hallazgo podría empeorar mi estado. La abrí con cuidado y entré en el apartamento, que era igual a los miles o millones que había recorrido antes. Las tres estancias estaban tan vacías como siempre, y me sentí avergonzado por haberme dejado ilusionar por aquella falsa esperanza. Pero, cuando me disponía a salir, noté en la nuca un cosquilleo persistente, la sensación de que alguien me miraba. Me giré con rapidez hacia la entrada, y entonces vi que la hoja de la puerta se movía, y en esta ocasión no había error posible. Salí como una tromba al corredor, pensando que el extraño me había burlado ocultándose en una de las habitaciones mientras yo registraba las otras. Desde donde me encontraba, creí ver una sombra que desaparecía por las escaleras. Corrí hacia allá notando cómo el corazón me golpeaba dentro del pecho, y oí los tenues ecos de unos pasos que se perdían en lo alto. Le grité al extraño que se detuviera, que no tuviera miedo, que no pensaba hacerle ningún daño. Pero él hizo caso omiso de mis ruegos, y a los pocos segundos el ruido de pasos se desvaneció. Entonces oí algo muy distinto, un grito que sonaba en la lejanía de los pisos superiores, amortiguado por la distancia, pero fácilmente inteligible. Habían gritado mi nombre.

Durante los tres días siguientes me sentí inundado con el entusiasmo lunático de los borrachos. En ese tiempo registré las cuarenta plantas superiores, ciento sesenta corredores, más de tres mil apartamentos, todos ellos idénticos, todos ellos vacíos. Mis pies estaban tan hinchados que no comprendo cómo podía seguir caminando. Entonces, mientras descansaba apoyado contra la baranda de la escalera, oí que alguien gritaba. La voz venía desde abajo, y le suplicaba a alguien que se detuviera, que no tuviera miedo, que no sufriría ningún daño.

Acababa de realizar un descubrimiento capital, pero mi logro no me enorgulleció en absoluto. Con resignada obediencia, grité mi nombre con toda la fuerza de mis pulmones. Después descendí cuarenta plantas y entré en el apartamento cuya puerta había visto moverse algunos días antes. Entonces me oculté donde sabía que no sería descubierto. Transcurridos unos segundos, vi que un hombre vestido con un mono gris penetraba en el lugar y comenzaba a registrar las habitaciones. La apariencia del hombre inspiraba compasión, y yo agradecí la inexistencia de espejos en la Torre. Poco después, aprovechando que estaba de espaldas, salí del apartamento, corrí hacia la escalera y comencé a ascender los escalones de tres en tres.

Uno de los secretos de la Torre había quedado revelado: el tiempo y el espacio están aquí asociados de un modo extraño. Cualquiera que sea el lugar donde me encuentre, los pisos superiores conducen al futuro, los inferiores al pasado. Ahora me consta que soy el único

inquilino de este lugar, puede que para siempre. No sé si dentro de algún tiempo seguiré recordando lo que ahora sé. Por el momento, mi hallazgo de aquel día me resulta útil para evitar encontrarme de nuevo conmigo mismo, de todos los encuentros posibles, sin duda el menos deseado.

Pero aunque mi memoria sea tan débil e imperfecta como la de un pájaro, seguiré intentando recordar, con la cabeza entre las manos, sin dejarme acobardar por el ruido y el dolor. Porque sé que hubo otras cosas antes de la Torre, un mundo lleno de seres y de objetos en número incalculable, todos ellos singulares, distintos entre sí. La existencia de aquella prodigiosa variedad, hoy perdida para siempre, hace que me invada una intensa melancolía, una nostalgia lacerante por todas esas cosas que han quedado atrás.

Esta Torre, su desmesurada monotonía, es mi patrimonio y mi condena. La Torre existe para que yo permanezca encerrado en ella, sus pisos y habitaciones se multiplican conforme los recorro en mi desquiciado vagabundear. Y presiento que hay otras torres iguales a la mía, un número infinito de ellas, y que dentro de cada una su prisionero se pregunta si no sería preferible permanecer quieto y reducir así la magnitud de este infierno a las modestas dimensiones de su propia cabeza.

18-5-2002